

TIEMPO DE MEMORIA

Rüdiger Safranski

ROMANTICISMO

Una odisea del espíritu alemán

TUSQUETS
EDITORES



RÜDIGER SAFRANSKI
ROMANTICISMO
Una odisea del espíritu alemán

Traducción del alemán de Raúl Gabás

TUSQUETS
EDITORES

Título original: *Romantik. Eine deutsche Affäre*

1.ª edición en Tiempo de Memoria: mayo de 2009

1.ª edición en esta presentación: enero de 2018

© Carl Hanser Verlag, Múnich, Viena, 2007

© de la traducción: Raúl Gabás Pallás, 2009

Reservados todos los derechos de esta edición para

Tusquets Editores, S.A. – Avda. Diagonal, 662-664 – 08034 Barcelona

www.tusquetseditores.com

ISBN: 978-84-9066-482-7

Depósito legal: B. 10-2018

Fotocomposición: Anglofort

Impresión: Romanyà Valls, S. A.

Impreso en España

Queda rigurosamente prohibida cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación total o parcial de esta obra sin el permiso escrito de los titulares de los derechos de explotación.

Prólogo	13
Primera parte: El Romanticismo	
1	19
Comienzo romántico: Herder se hace a la mar - Inventar de nuevo la cultura - Individualismo y las voces de los pueblos - Sobre al balanceo de las cosas en el torrente del tiempo	
2	30
De la revolución política a la estética - Impotencia política y audacia poética - Schiller incita al gran juego - Los románticos preparan su entrada en escena	
3	47
El siglo manchado de tinta - Despedida de la sobriedad ilustrada - De lo extraordinario a lo prodigioso - Friedrich Schlegel y la carrera de la ironía - El bello caos - La hora de los dictadores críticos - Convertir el mundo en una obra de arte	
4	66
Fichte y el placer romántico de ser un yo - Exuberancia del corazón - Creaciones de la nada - La sociabilidad romántica - La legendaria comunidad de morada en Jena - Vuelos a las alturas y miedo a la caída	
5	82
Ludwig Tieck - En la fábrica de literatura - Los excesos del yo en <i>William Lovell</i> - Sátiras literarias - El virtuoso de la pluma se en-	

cuentra con un Wackenroder devoto del arte - Dos amigos a la búsqueda de la realidad de sus sueños - Noche mágica bajo el resplandor de la Luna y la época de Durerero - El Monte de Venus en el crepúsculo - *Las peregrinaciones de Franz Sternbald*

6 100

Novalis - Amistad con Schlegel - Junto al lecho de Schiller enfermo - Sophie von Kühn - Amor y muerte - Sobre el placer de trascender - Himnos a la noche - Al descubierto, subterráneo - Los misterios de la montaña - *La cristiandad o Europa* - Allí donde no hay dioses, acechan los fantasmas

7 121

Religión romántica - Inventar a Dios - Experimentos de Schlegel - La entrada en escena de Friedrich Schleiermacher: religión es sentido y gusto para lo infinito - Religión más allá del bien y del mal - Eternidad en el presente - Redención por la belleza del mundo - En torno a la vida de un virtuoso de la religión

8 136

Lo bello y la mitología - El más antiguo programa de un sistema del idealismo alemán - Mitología de la razón - De la razón del futuro a la verdad del origen - Görres, Creuzer, Schlegel y el descubrimiento del Oriente - La otra antigüedad - Los dioses de Hölderlin - Su presente y su pasado - Desaparecer en la imagen

9 155

Política poética - De la revolución al orden católico - Idea romántica del imperio - Schiller y Novalis sobre la nación cultural - La nación de Fichte - Del yo al nosotros - La sociedad como seno materno - Adam Müller y Edmund Burke - Lo popular - Romanticismo de Heidelberg - Guerra de liberación - Romanticismo en armas - Odio a Napoleón - Kleist como genio del odio

10 174

Malestar romántico por la normalidad - Desencanto ilustrado - Lo racional y lo instrumental - Orgullo y sufrimiento de los artistas -

Kreisler - Crítica de los filisteos - Pérdida de la diversidad - Espíritu de la geometría - Aburrimiento - El dios romántico contra el gran bostezo - El lírico «como si»

11	189
Marchas e interrupciones románticas - Eichendorff - Viaje sin rumbo - Cantos de sirenas - Confianza en Dios - En la ventana - El poeta y sus compañeros - Poesía de la vida - Ironía piadosa - Tuntante - El loco en Cristo - E.T.A Hoffmann: con mano suave - Sin arraigo firme - El jugador - Estética del terror - El paraíso está al lado, pero también el infierno - <i>La princesa Brambilla</i> y la gran risa - Soñador escéptico	

Segunda parte: Lo romántico

12	211
Mirada retrospectiva al caos de ideas - Hegel como crítico del Romanticismo - Mandato del espíritu del mundo y sujeto pretencioso - Biedermeier y la Joven Alemania - En el camino hacia la realidad auténtica - Luchas de desenmascaramiento - Crítica del cielo, descubrimiento de la tierra y del cuerpo - Futuro romántico, presente prosaico - Strauss - Feuerbach, Marx - Heine entre los frentes - Canción final a la escuela romántica y defensa de los ruiseñores - Soldado en la guerra de liberación de la humanidad y nada más que un poeta	

13	234
El joven alemán Wagner - Rienzi en París - Revolucionario romántico en Dresde - Realización de los sueños del Romanticismo temprano: la nueva mitología - <i>El anillo de los Nibelungos</i> - Cómo el hombre libre produce el ocaso de los ídolos - Anticapitalismo y antisemitismo - La experiencia mítica - Tristán y la noche romántica - La embriaguez simbólica - Ataque general a los sentidos	

14	250
Nietzsche sobre Wagner: el arte da la primera vuelta al mundo - Un espíritu de la época nada romántico: materialismo, realismo, histo-	

ricismo - Prisioneros del trabajo - El Romanticismo de lo dionisiaco - La música como lenguaje universal - Nietzsche se aleja de Wagner: se redime del redentor - Permanecer fiel a la tierra - El juego del niño del mundo en Heráclito y Schiller - El final de la resistencia irónica - Derrumbamiento

15 272

Vida, nada más que vida - Movimiento de la juventud - Reforma de la vida - Landauer - Irrupción de una mística - Hugo von Hofmannsthal, Rilke y Stefan George - Magia guillermina de bastidores: el acerado Romanticismo de la casa de la armada - Las ideas de 1914 - Thomas Mann en la guerra - El aire ético, el aroma fáustico, cruz, muerte y tumba

16 294

De la montaña mágica a la llanura - Langemarck - El caminante entre dos mundos - Dos corazones aventureros: Ernst Jünger y Franz Jung - Pasión de baile en Turingia - El viaje al Oriente - Objetividad esforzada - La espera del gran instante - Antigüedades explosivas al final de la república - El Romanticismo político de Heidegger

17 314

Acusación contra el Romanticismo - ¿En qué medida era romántico el nacionalsocialismo? Disputa en torno al Romanticismo en el aparato cultural del nacionalsocialismo - Modernidad del nacionalsocialismo: Romanticismo de acero - Romanticismo del imperio - Nuremberg - Actitud romántica del espíritu como prehistoria - Vida dionisiaca o biologismo - Extrañeza ante el mundo, actitud devota frente al mundo y furor demoledor del mundo - La interpretación superior del crudo acontecer - Heidegger como ejemplo - Hitler y el sueño febril del Romanticismo - Locura y verdad

18 333

La catástrofe y su interpretación romántica: *Doktor Faustus*, de Thomas Mann - Interpretaciones superiores del acontecer crudo - Desencanto - En guardia contra la embriaguez - La generación escéptica - Nueva objetividad otra vez - El vanguardismo, la técnica y las masas - Adorno y Gehlen en el estudio de noche - ¿Cuánto tenía

de romántico el movimiento del 68? Sobre Romanticismo y política

Apéndices

Referencias	357
Índice onomástico	375

Dos siglos y medio después de Colón y un siglo antes del lema de Nietzsche –«¡Filósofos, a la mar!»–, en un aventurero del espíritu germinó la necesidad de hacerse a la mar e irrumpir en lo terrible que existe en la realidad. El 17 de mayo de 1769, Johann Gottfried Herder se despide de su comunidad con estas palabras: «Mi única intención es conocer desde más perspectivas el mundo de mi Dios». Herder partió a bordo de una nave que llevaba centeno y lino a Nantes, aunque para él mismo la meta del viaje era incierta todavía. Pensaba en la posibilidad de desembarcar en Copenhague, pero también en la de cambiar de barco en la costa del norte de Francia para dirigirse hacia destinos más lejanos. La incertidumbre le avivaba la imaginación: «Igual que los apóstoles y los filósofos, voy al mundo para verlo sin preocupación».

Hacerse a la mar significaba para Herder cambiar el elemento de la vida, trocar lo firme por lo fluido, lo cierto por lo incierto, conquistar distancia y extensión. También se agitaba la pasión de un nuevo comienzo. Estaba en juego la vivencia de una conversión, un viraje interior, enteramente a la manera como Rousseau experimentó su gran inspiración veinte años antes, bajo un árbol, de camino a Vincennes: el redescubrimiento de la verdadera naturaleza bajo la corteza de la civilización. Por tanto, antes de que Herder conozca a otros hombres, otros países y costumbres, llega a un renovado conocimiento de sí mismo, de su mismidad creadora. Balanceado por los vientos suaves del mar del Norte, se entrega a la tormenta de sus pensamientos:

¡En cuántas esferas hace pensar una nave que fluctúa entre el cielo y el mar! ¡Aquí todo da al pensamiento alas, movimiento y dimensiones atmosféricas! ¡El aleteo de la vela, la nave siempre vacilante, las nubes en lo alto, la inmensidad de la atmósfera infinita! En la tierra estamos atados a

un punto muerto y encerrados en el círculo estrecho de una situación...
¡Alma mía!, ¿cómo te encontrarás cuando salgas de este mundo?

Herder escribe que se embarcó para «ver el mundo», aunque lo cierto es que al principio ve muy poco, en todo caso el desierto en movimiento de las aguas y algunas líneas de la costa. Encuentra, en cambio, tiempo y ocasión para «destruir» su anterior saber libresco, para averiguar e «inventar lo que pienso y creo». El encuentro con un mundo extraño se convierte en un encuentro consigo mismo. Ahí está lo característico de esta irrupción alemana: a partir de los medios limitados que hay a bordo y en medio de la soledad en alta mar, nuestro predicador, atrapado por la añoranza de la lejanía, engendra para sí mismo un nuevo mundo. No encuentra a ningún indio, no derriba a ningún azteca o el imperio de los incas, no descubre tesoros de oro ni esclavos, no emprende ninguna nueva medición del mundo; su nuevo mundo es de tal índole que en un santiamén tomará otra vez forma de libro. Herder, que había dejado atrás «unas estanterías llenas de libros cuyo único lugar era el cuarto de estudio», al final vuelve a ser presa del mundo de los libros, pues también en el barco se regala con proyectos literarios:

¡Qué obra sobre el género humano!, isobre el espíritu humano!, isobre la cultura de la Tierra!, isobre todos los espacios! ¡Tiempos! ¡Pueblos! ¡Fuerzas! ¡Mezclas! ¡Figuras! ¡Religión asiática!, iy cronología, policía y filosofía!... ¡Todo lo griego! ¡Todo lo romano! ¡Religión del norte, Derecho, costumbres, guerra, honor! ¡Época papista, monjes, erudición...! ¡Política de China, de Japón! ¡Ciencias naturales del nuevo mundo! ¡Costumbres americanas, etcétera! ¡Historia universal de la formación del mundo!

Herder se nutrió durante toda su vida de las ideas que habían acudido a su mente en medio del mar en movimiento. Escribió un diario que es un importante documento de literatura y filosofía de la segunda mitad del siglo XVIII, aunque las notas compuestas no aparecieron hasta después de su muerte, con el título de *Diario de mi viaje del año 1769*. Después de aquella travesía, el autor de esas anotaciones se encontró en el año 1771 en Estrasburgo con un joven muy prometedor: Goethe; éste se sintió poderosamente atraído por aquel torbellino de ideas y difundió y desarrolló mucho de lo que escuchó de boca de Herder. En el libro décimo de *Poesía y verdad*, Goethe recuerda el primer

y casual encuentro cuando subía las escaleras en una posada de Estrasburgo, donde Herder se hospedaba en el curso de su largo y doloroso tratamiento de las glándulas lacrimales. Goethe escribe que Herder le pareció un abate, con sus cabellos empolvados y recogidos en rizos; y añade que subía con elegancia las escaleras, con el extremo del abrigo de seda indolentemente metido en los bolsillos de los pantalones. Goethe era entonces el receptor, el que aprendía. Le superaba en cinco años de edad, pero se sentía inferior en casi todos los campos. La relación era difícil. Es cierto que apreciaba los «amplios conocimientos», «los profundos puntos de vista» de Herder, pero, por otra parte, había de soportar que «le riñera y reprendiera». No estaba acostumbrado a esto, pues, hasta ahora, escribe Goethe, las personas superiores y de más edad «habían intentado instruirlo esclareciéndole las cosas» y mostrándole «flexibilidad» e incluso «indulgencia». En cambio, de Herder, que con sus ideas le reorganizaba la cabeza, «no se podía esperar nunca una señal de aprobación, comoquiera que uno se comportara». Por tanto, si quería que «diariamente, incluso de hora en hora, aquél le transmitiera nuevos puntos de vista», Goethe tendría que superar su vanidad.

Veía en Herder al aventurero del espíritu, que había regresado de alta mar y traía el viento fresco del viaje, una brisa que estimulaba la fantasía. Con ese temple de ánimo Goethe le escribe el 10 de julio de 1772:

Todavía en la ola con mi pequeño bote, y cuando las estrellas se esconden floto en las manos del destino, y en mi pecho alternan el valor y la esperanza, el miedo y el sosiego.

El hecho de que Herder se pusiera en marcha y tuviera un comienzo tan explosivo, sin duda brindó al joven Goethe el modelo para la escena en el cuarto de estudio del *Fausto originario*, que había surgido bajo la impresión del primer encuentro con Herder: «¡Ay!, ¿todavía estoy encerrado en la prisión? / [...] / Limitado por libros y más libros, / [...] / ¡Huye! Sal fuera, hacia la dilatada región...». Del mismo modo que Fausto escapa por un boquete en el muro de su sofocante cuarto de estudio, también Herder había huido de la catedral de Riga.

Multitud de ideas se le ocurrieron a lo largo del viaje. Todo se le aparecía en bella confusión y sin separaciones nítidas. Todavía buscaba la lengua adecuada para captar el ir y venir interior. La razón, es-

cribe, es siempre una «razón posterior». Trabaja con conceptos de causalidad y en consecuencia no puede comprender el todo creador. ¿Por qué? Porque los procesos causales son previsibles, pero los creadores no. De ahí que Herder busque un lenguaje que se ajuste a la misteriosa movilidad de la vida; y que más que conceptos busque metáforas. Muchas cosas sólo se perfilan, se insinúan, se barruntan. Algunos de sus coetáneos se escandalizan por lo fluctuante y errante de su lenguaje. Kant, por ejemplo, escribe en tono irónicamente comedido a Hamann, rogándole que le explique qué piensa su amigo Herder,

pero si es posible, en el lenguaje de los hombres [...], pues yo, pobre hijo de la tierra, no estoy organizado para el lenguaje divino de la razón intuitiva. Lo que yo alcanzo es aquello que se puede deletrear a partir de los conceptos comunes según reglas lógicas.

Herder tenía la suficiente arrogancia para pretender renovar el concepto de razón, aunque fuera contra Kant, con quien había estudiado y a quien le unían lazos de amistad. Herder se sintió intelectualmente unido a Kant mientras éste, en su periodo precrítico, desarrollaba especulaciones cosmológicas sobre el origen del universo, del sistema solar y de la Tierra, así como investigaciones antropológicas, etnológicas y geográficas. Esta admiración ante la multiplicidad del mundo fenoménico respondía a su gusto. Pero sus caminos se separaron tan pronto como el filósofo de Königsberg empezó a trazar límites al entendimiento y a infravalorar la importancia de la intuición y de los sentidos. La *Crítica de la razón pura* era para Herder «palabrería vacía» y expresión de problemas insolubles y estériles. Objetó a Kant, como lo hará Hegel una generación más tarde, que el temor a errar podría ser él mismo el error. En todo caso, Herder no aceptaba las trabas preliminares en el plano de la teoría del conocimiento, y quería captar de lleno la vida. Habla de lo «vivo» en contraposición a la razón abstracta. Desde su punto de vista, la razón viva es concreta y se sumerge en el elemento de la existencia, de lo inconsciente, de lo irracional, de lo espontáneo, o sea, en la vida oscura, creadora, propulsora y propulsada. En Herder la «vida» adquiere un tono nuevo, un tono entusiasta. El eco se oíría desde muy lejos. Goethe, poco después del encuentro con Herder, pondrá en boca de Werther esta exclamación: «Por doquier encuentro vida y nada más que vida...».

La filosofía de la vida de Herder estimuló el culto al genio en el

movimiento *Sturm und Drang* y más tarde en el Romanticismo. En ellos se considera genio a aquel en quien la vida brota con libertad y se desarrolla con fuerza creadora. Comenzó entonces un culto ruidoso a los llamados «genios del ímpetu». Había en ello mucho de escenificación y pretensión, pero a la vez destellos de brío y confianza en uno mismo. El espíritu del *Sturm und Drang* quiere ser comadrona de lo genial que, se supone, dormita en la persona como una disposición superior y está a la expectativa de elevarse al mundo.

En el libro doce de *Poesía y verdad*, Goethe, de manera retrospectiva, enjuiciará el tumulto de aquellos años con cierta displicencia, afirmando que el «genio» es la solución general para esa «época tan famosa, cacareada y desacreditada de la literatura en la que una masa de jóvenes geniales irrumpieron con toda valentía y petulancia», para perderse en lo carente de límites.

De hecho, Goethe y sus amigos se desbocaron un tanto en esa época genial. Después de su encuentro con Herder y de su traslado a Weimar en 1776, Goethe convirtió por un tiempo esa sede ostentosa de las musas en cuartel general de lo genial. Atrajo como una cola de cometa a Lenz, a Klingler, a Kaufmann y a los hermanos Stolberg, que entonces todavía no se habían entregado a la devoción poética. Hubo notables festividades, que decenios más tarde seguirán en boca de los filisteos de Weimar. Según cuenta Carl August Böttiger, testigo de aquellos días,

entre otras cosas se celebró una bacanal del genio, a la que se daba comienzo arrojando todos los vasos por la ventana, para convertir en copa un par de sucias urnas funerarias que habían sido extraídas de un túmulo cercano.

Los asistentes pujaban en gestos y entradas en escena que pretendían llamar la atención con impertinencia. Lenz hizo de bufón, Klingler dio la nota devorando un trozo de carne de caballo cruda, Kaufmann se sentaba a la mesa ducal con el pecho descubierto hasta el ombligo, los cabellos revueltos y un colosal bastón nudoso. Entre las «andanzas geniales» de Goethe figura la de un viaje a caballo con su amigo el duque. En el camino cambiaron su atuendo y buscaron aventuras eróticas. Böttiger narra que en «Stuttgart tuvieron la ocurrencia de dirigirse a la corte, con lo que, de pronto todos los sastres hubieron de trabajar día y noche para confeccionarles una indumentaria cor-

tesana». Y luego ambos aparecieron en la fiesta de final de curso de la Academia de Stuttgart. Allí estaban de paso los dos genios admirados, el duque de Weimar y su amigo Goethe, y se les veía sentados en la tribuna junto a Karl Eugen. Desde allí contemplaban con tranquila condescendencia una concesión de premios en la que obtuvo una distinción un alumno cuya carrera de genio aún estaba por llegar: Friedrich Schiller. También él celebrará y desplegará la «vida fuerte» en su fase de *Sturm und Drang*.

La vida en una efervescente y germinante inquietud tiene también algo de monstruoso, ante lo cual la conciencia se asusta. Herder apunta, como más adelante hará Nietzsche, al «abismo angustioso» de lo vivo:

Tampoco hay duda de que [...] la raíz más profunda de nuestra alma está cubierta de noche. Nuestra pobre pensadora ciertamente no estaba en condiciones de captar cada estímulo, la semilla de cada sensación en sus primeros componentes. No estaba en condiciones de oír en todo su fragor el zumbante mar del mundo con olas tan oscuras, sin verse cercada por el estremecimiento y la angustia, por la prevención de todos los miedos y la pusilanimidad, sin que se le cayera el timón de las manos. Por tanto, la naturaleza maternal alejaba de ella lo que no podía insertarse en su conciencia clara [...]. El alma se encuentra en un abismo de infinitud y no sabe que está sobre él; gracias a esta dichosa ignorancia se mantiene firme y segura.

El concepto de naturaleza viva en Herder abarca lo creador, a lo que nos confiamos eufóricamente, pero también lo inquietante, que nos amenaza. Son estas sensaciones mezcladas las que se imponen a Herder en su viaje marítimo. Las ideas principales que, en medio del tumulto de pensamientos, desgrana Herder con claridad en alta mar y en la época siguiente, y que luego influirán en los románticos, son éstas. En primer lugar, todo es historia. Y esto ha de decirse no sólo del hombre y de su cultura, sino también de la naturaleza. Pensar la historia como el proceso de una evolución que produce la multiplicidad de formas naturales es una novedad, pues con ello la creación divina del mundo se introduce en el desarrollo de la naturaleza. La naturaleza misma pasa a ser aquella potencia creadora que antes se desplazaba a un ámbito extramundano. La evolución recorre diversos niveles, el mineral, el vegetativo y el animal. Cada nivel tiene su derecho en sí,

pero contiene a la vez el germen del respectivo estadio superior. Y todos los niveles son estadios previos del hombre. Éste se distingue por el hecho de que puede tomar en sus propias manos la potencia creadora que actúa en la naturaleza. Puede hacerlo gracias a la inteligencia y al lenguaje, y tiene que hacerlo porque es pobre en instinto y está desprotegido. Por tanto, la potencia creadora de cultura es expresión tanto de una fuerza como de una debilidad.

Con este pensamiento, con la idea de que el hombre es el ser defectuoso que crea cultura, Herder promueve la antropología moderna. La historia cultural del hombre pertenece, según él, a la historia de la naturaleza, si bien a una historia de la naturaleza en la que la fuerza natural, que hasta ahora actuaba sin conciencia, ha tomado conciencia de sí misma por medio del pensamiento y de su intencionada fuerza creadora. La transfiguración del hombre por medio de sí mismo y la formación de la cultura como medio de vida es en términos de Herder la «promoción del humanismo». El humanismo no está frente a la naturaleza, sino que en lo referente al hombre es la verdadera realización de su naturaleza. Herder legó al siglo XIX el concepto de una historia dinámica, abierta. No concibe ningún sueño de una prehistoria paradisiaca a la que sea deseable retornar. Todo instante, toda época contiene sus propios desafíos y una verdad que es necesario captar y configurar. De ese modo, Herder se halla en profunda contradicción con Rousseau, para quien la civilización actual representa una forma de decadencia y alienación: «En todas las épocas, y en cada una a su manera, el género humano tiene como meta común la felicidad; desatinaríamos si, como Rousseau, ensalzáramos tiempos que ya no son y nunca fueron», escribe Herder en el *Diario*.

La historia tampoco es, como piensan los materialistas franceses, un «aproximado más o menos», confiado al azar y al mecanismo sin alma. Por el contrario, tiene sentido, aunque no esté ordenada a un fin que podamos comprender de antemano. La realización de la humanidad es una especie de experimento del mundo, un proceso abierto cuyo transcurso depende de los hombres, aunque en el trasfondo actúe una intención de la naturaleza. Puesto que esa intención no puede captarse de manera explícita, no queda sino realizar la obra de la propia configuración según patrones que el hombre mismo se señala. Tal propósito actúa como un compás interno que indica la dirección respectiva, en la que puede encontrarse un máximo de autoconfiguración comunitaria. El proceso histórico no transcurre linealmente, sino

que se realiza a través de rupturas y ajustes. Hay que contar con «golpes y revoluciones..., con experiencias que aquí y allá llegan a la exaltación, se vuelven violentas e incluso repugnantes», escribe Herder. No hay que asustarse por ello, pues así son las formas volcánicas en las que irrumpe lo nuevo.

Nunca la historia había sido entendida en una forma tan dinámica y enfática, y sorprende que esto sucediera precisamente en una Alemania escindida en pequeños estados, en una Alemania que se había quedado atrasada, donde la historia real, en cierto modo, se había congelado. Se producía en Herder una disposición del ánimo para el gran acontecimiento de la Revolución francesa, pues por primera vez se llegaba a una realidad donde parecía cumplirse en la historia lo que Herder se había prometido de ella dos decenios antes.

En segundo lugar, después del concepto de historia dinámica, la otra idea de Herder que ha tenido una repercusión poderosa es su descubrimiento del individualismo (o el personalismo), y en consecuencia, la pluralidad.

«El» hombre es una abstracción, sólo hay hombres. La vida en su conjunto tiene en cada estadio evolutivo su propio derecho y su propia significación, y lo mismo sucede con el género humano. Cada individuo acuña en una forma especial lo que el hombre es y puede ser. Herder defiende un personalismo radical. Se da la humanidad como dimensión abstracta, y se da la humanidad que cada uno puede respetar en sí mismo y llevar a una figura individual. De esta última se trata. Desde esta perspectiva, la historia ya no es sólo el gran panorama respecto del cual se deslinda el individuo. Las fundamentales fuerzas motrices de la historia, que descubrimos fuera de nosotros, pueden y deben ser descubiertas por el individuo en él mismo como totalidad creadora, hecho que Herder experimentó extáticamente durante su travesía marítima. Sólo el que experimenta el principio creador en su propio cuerpo, lo descubrirá también fuera, en el curso del mundo y en la naturaleza. Más tarde, en las *Máximas*, Goethe resumirá este pensamiento con la frase: «Sólo puede juzgar sobre historia el que en sí mismo ha experimentado historia».

El ser singular que se configura como individuo es y se mantiene como un centro de sentido, por más que necesite siempre de una comunidad, cosa que no puede negarse. Pero, según Herder, ésta debería estar organizada de tal manera que cada uno pueda desarrollar su germen individual de vida. En este desarrollo la comunidad es una unión

para la ayuda recíproca. La unión de los individuos en la comunidad no da simplemente una suma, sino que, a través de la acción conjunta, forma en cada caso un espíritu especial, que brota de la unión y confiere a los individuos un clima espiritual de vida. Para Herder el hombre como individuo está enmarcado en la comunidad, que es una especie de individuo mayor. Se trata de un conjunto de círculos concéntricos, a saber, la familia, las tribus, los pueblos, las naciones, que en su respectivo nivel constituyen una síntesis espiritual. En relación con los pueblos, Herder habla del espíritu de los pueblos. Pero es importante resaltar que estas unidades superiores son pensadas desde el individuo. Lo mismo que los individuos particulares entre sí, también las unidades superiores forman una pluralidad, la del espíritu del pueblo.

Para seguir las huellas de este espíritu del pueblo, durante su viaje en barco Herder concibió el plan de recoger canciones populares y otros testimonios culturales. Lo llevará a la práctica y con ello pasará a ser un acicate y un modelo para los románticos en orden a esta actividad coleccionista.

También en la colección de antiguas canciones del repertorio popular, Herder sigue siendo individualista. Pues con el espíritu del pueblo ocurre lo mismo que con los individuos, a saber, que el desarrollo de la propia peculiaridad no sólo ha de respetar la peculiaridad de los otros, sino que además debe considerarla como una ganancia. De la multitud de pueblos emergen muchas voces. Por primera vez la multiplicidad hace que brille la riqueza de lo humano. Herder estaba lejos de practicar un patriotismo estrecho de miras. Lo que quiere es ayudar a comprender mejor a los otros pueblos en sus tradiciones:

He rastreado la manera de pensar de las naciones, y lo que he averiguado sin sistema ni cavilosidad es que cada una de ellas gestó documentos según la religión de su país, la tradición de sus padres y los conceptos de las naciones, y que estos documentos aparecen en un lenguaje poético, en revestimientos y ritmos poéticos, o sea, que en cada una de ellas se formaron canciones mitológicas nacionales sobre el origen de sus más antiguos monumentos.

Herder había vivido en Riga en medio de una abigarrada mezcla de rusos, livonios y polacos. El estrato superior, políticamente decisivo en el gobierno republicano de la ciudad, que se hallaba bajo soberanía rusa, era alemán. Al vivir rodeado de otros pueblos, se agudizó para la

tradición de la cultura alemana; sin embargo, como pastor, intentó impedir por curiosidad y por sentimiento de justicia que la comunidad alemana se encapsulara en sí misma frente a los livonios y rusos, los cuales en su mayoría vivían en una inmensa pobreza. En la introducción a la colección de canciones *Voces de los pueblos*, Herder se remite a las experiencias en Riga con la cultura y la poesía nativa del pueblo:

Sepa usted, pues, que yo mismo he tenido oportunidad de ver restos vivos de este antiguo y salvaje canto, ritmo y danza entre pueblos vivos, a los que nuestras costumbres no les han permitido que se convirtieran completamente en lenguaje, canciones y usos, dándoles a cambio algo muy mutilado o simplemente nada.

Herder, el coleccionista de canciones populares, ciertamente se aseguró de sus propias raíces culturales y aspiró a fomentar y vivificar la «peculiaridad y la cultura alemanas», pero sin arrogancia. Cuando la percibía en otros, o cuando no podía menos de advertir que a él lo entendían de esta forma, reaccionaba con gran enojo:

¿Qué es una nación? Un gran jardín descuidado, lleno de hierbajos y maleza. ¿Quién aceptará indiscriminadamente este punto de reunión de necedades y defectos, de exquisiteces y virtudes, y [...] romperá una lanza contra otras naciones? Dejados contribuir al honor de la nación en la medida de lo posible; y también hemos de defenderla cuando se le inflige injusticia. Pero ensalzarla ex profeso me parece un acto de vanagloria [...]. Sin duda la naturaleza ha dispuesto que un hombre, y también un linaje y un pueblo, aprenda de otro y junto con otro [...], hasta que finalmente todos hayan comprendido la difícil lección: no hay ningún pueblo que sea el pueblo escogido por Dios en exclusiva; todos han de buscar la verdad, el jardín de la mejor comunidad ha de ser cultivado por todos [...]. Ningún pueblo de Europa puede cerrarse frente a los otros y decir neciamente: en mí y sólo en mí mora toda la sabiduría.

El patriotismo de Herder era democrático y se apoyaba en la multiplicidad de las culturas. ¿Hacia dónde conducen los muchos caminos? Sin duda, no llevan al dominio de un pueblo sobre otros, sino que, de acuerdo con la imagen ideal de Herder, conducen a un «jardín» de la multiformidad, donde las culturas de los diversos pueblos desarrollan sus mejores posibilidades en un clima de delimitación, in-

tercambio y fertilización recíprocos. El principio creador, que él veía en acción dentro de las culturas populares, le hizo tan simpática la democracia, que su toma de partido a favor de la Revolución francesa disgustó más adelante a Goethe, quien calificaba a veces a su amigo Herder de «jacobino de pura cepa».

El descubrimiento de la historia dinámica, con todo lo que de ella se sigue, desde un orgulloso individualismo hasta la humildad ante los antiguos testimonios de la cultura popular, produjo una cesura real en el espíritu occidental. Desde entonces la visión histórica de las cosas ha pasado a ser algo obvio. La historia lo reduce todo a un plano relativo. Y así se convierte ella misma en algo absoluto: frente a la historia ningún dios, ninguna idea, ninguna moral, ningún orden social, ninguna obra pueden afirmarse como algo absoluto. Incluso el bien, lo verdadero, lo bello, enclavados antes en el cielo de las ideas y revelaciones inmutables, caen en la resaca del devenir y del perecer. «También lo bello tiene que morir», leemos en Schiller, y el crepúsculo de los dioses y la transvaloración de los valores serán también una consecuencia de la conciencia histórica. Por tanto, podemos decir que los pensamientos de Herder en alta mar son ya románticos, pues nos disponen para el vaivén de las cosas en el torrente del tiempo.